

Página de Navidad

"Rorate coeli".

(Canción de la Virgen antes del Nacimiento de Jesús)

"Lloviznita temprana, lloviznita de arriba,
de estrellitas de oro cinta en ti se desata,
colmenita del Cielo cuya miel sólo liba
el pequeño querube abejita de plata.
Menudito rocío que del cielo ya vienes,
los ardores solares todo el mundo agrietaron:
huertecito cerrado esperándote tienes:
ven!... reposa en mi seno que los cielos labraron..."

(Canta María, Abrásadoras
endechas canta con primor,
y mientras canta, van las horas,
y mientras vanse... viene Dios.)

Principillos alados, pajecitos del Cielo,
de David el retoño —alba clara sin sombra—
cual varita de nardo se abre ya sobre el suelo:
llega el Rey de la Gloria... extendele una alfombra.

Lloviznita de arriba, blanca nieve sin tacha:
ponme ya entre los brazos al que mi alma desea,
capullito de rosa: no te queme la racha
que en tu pobre cuevita sin piedad juguetea...

(Canta que canta está María,
canta la Virgen con ardor,
mientras cantaba el tiempo huía,
mientras huía... vino Dios!)

Hacia donde arde la Estrella

(Notas al calor de mis Navidades).

- I -

Yo soy como un rey oriental, que voy hace años caminando hacia donde arde la estrella que salió de Jacob.

Soy un rey peregrino que cada vez me voy acercando más a las pajas de la cuna y al Niño que duerme entre las pajas. Cada año que encuentro en mi camino me asegura que voy marcando la ruta verdadera que lleva a Belén, hundiéndose él, después de hablar conmigo, en la sima que se abre a la vera del camino del tiempo...

Cinco, diez, veinte veces me han saludado esos amables habitantes del camino, y cada vez animan a proseguir, a proseguir esperanzado. Y cierto, que de esa entrevista anual siempre sale cantando el corazón el salmo de los que buscan la estrella que salió de Jacob: "Transeamus usque ad Bethlehem", marchemos siempre hasta llegar a Belén.

- II -

Tal vez fué hacia los cinco años cuando en mi hogar se me dijo que ya el cetro había caído de las manos de Judá, que las semanas de Daniel se habían llenado, y que María la casta Nazarena, apoyada en el báculo de su inocencia, el carpintero Patriarca, se había ido a empadronar en Belén Efrata, la ciudad de David.

Ahora, que el lenguaje en que esto se me dijo era, ay!, ese que hace tiempo se despidió para siempre de mis oídos: el lenguaje en que habla los últimos días del año el

SECCION LITERARIA

hogar cristiano a los oídos de sus ángeles de cinco años: ese trajín retozón de los preparativos sabrosamente rutinarios de Noche Buena. Ese que no saca a las frentes de las madres el sudoroso cansancio de otros días, sino que es trajín que se viste de fiesta, y que viendo reír las Navidades, él también ríe con risa de Pascua, activa y descansada..

Entonces fué cuando eché a andar hacia Belén. Belén era para mí en aquellos primeros años la inusitada aventura de dejar la cuna a las doce de la noche, y agarrado a la mano de una madre buena, brillante aquella noche con lo mejor del cofre de fiestas, como una estrella de diciembre, encaminarme saltando a la misa "del gallo", nombre misterioso que sin saber a qué aludía, me gustaba escuchar y gozaba en repetirlo a los vecinos que con nosotros se dirigían a la Iglesia.

Allí, Belén significaba entonces para mí ver la choza divina de la aldea cobijando debajo de sus alas a todos los vecinos sin faltar uno sólo; ver al Reverendo Don Jaime, el sonoro catalán, con la casulla de oro del día de la Patrona, la Virgen del Rosario; con un rostro de patriarca conmovido, y en el fervorín, con una voz de padre contento de sus hijos porque vinieron..

Y después de la Misa Belén quería decir para mí el acercarse colgado de aquella mano caliente de mi madre, (¡Dios mío!, hoy tan fría allá en su tumba lejana!..) acercarme a las gradas donde se come a Dios, y allí estirándome sobre la punta de los piecillos, besar otros pies diminutos de un rapaz aún más pequeño que yo que sonríe en brazos de Don Jaime entre los pliegues de un paño de seda. El Párroco bueno adivina la interrogación de mis pupilas,, y soltando mi curiosidad me dice en lengua de mi Madre, no de la que me tiene por la mano, sino de la otra, de la que desde entonces me calienta y me aprieta con más amor: mi madre la Iglesia: "Christus natus est nobis: venite, adoremus". — Hijo mío, este es Dios que se hizo como tú para jugar contigo. Ven, acércate y adórale.

Yo, aunque sin entender latín, me acercaba y le besaba largo en sus deditos, sacaba de mi bolsillo la moneda mayor que jamás pasó en todo el año por mis manos y que me había metido la madre mía cuando salíamos hacia el comulgatorio, y haciéndola cantar con ruidosa algazara en el platillo que sostenía Pedrín, — el mónago de mis envidias —, me retiraba del altar orgullosísimo, pareciéndome que toda la iglesia me miraba y aplaudía.. y que aun los villancicos del coro estaban celebrando mi esplendidez.

Se embozaba a poco el órgano en su silencio de rincón; empezaba el bullanguero desfile de todo el pueblo por delante del Pesebre que reía en el altar de la Virgen.

Belén era entonces para mí soltar la mirada y la fantasía de mis cinco años por aquel laberinto de objetos sin atinar a descifrar el por qué de todo aquel conjunto de hombrones de cartón, de casas diminutas como las de las historias de enanitos que me contaba Gertrudis la vecina, a la luz de la luna. No sabía el por qué del cerco de figurones que se perfilaban sobre el velo azul del fondo donde temblaba la estrella de los Reyes Magos..

Y yo miraba aquello, lo de la calle y lo de la Iglesia; oía la desbordante música de los aguinaldos cristianos de mi patria venezolana, semejantes a algarada infantil en día de vacación; yo veía que en todas las caras había aquella noche luz y música y regocijo.. Me sentaba feliz a la espléndida cena de Noche Buena al salir de la Misa del Gallo, veía que todos lucían ropa de fiesta y que a mí también se me vestía con aquel ambicionado trajecito de grana, huésped eterno del cofre de mi madre: y todo esto era un desfile de alegrías que sin saber a punto fijo de dónde ni por qué venían, me tornaban feliz..

¡¡ Todo esto era para mí, allá cuando nacía mi aurora, el indescifrable montón de luz de Navidad, Noche Buena, Belén!!

HUMBERTO CRESCENTE, S. J.

España — Noviembre de 1938.